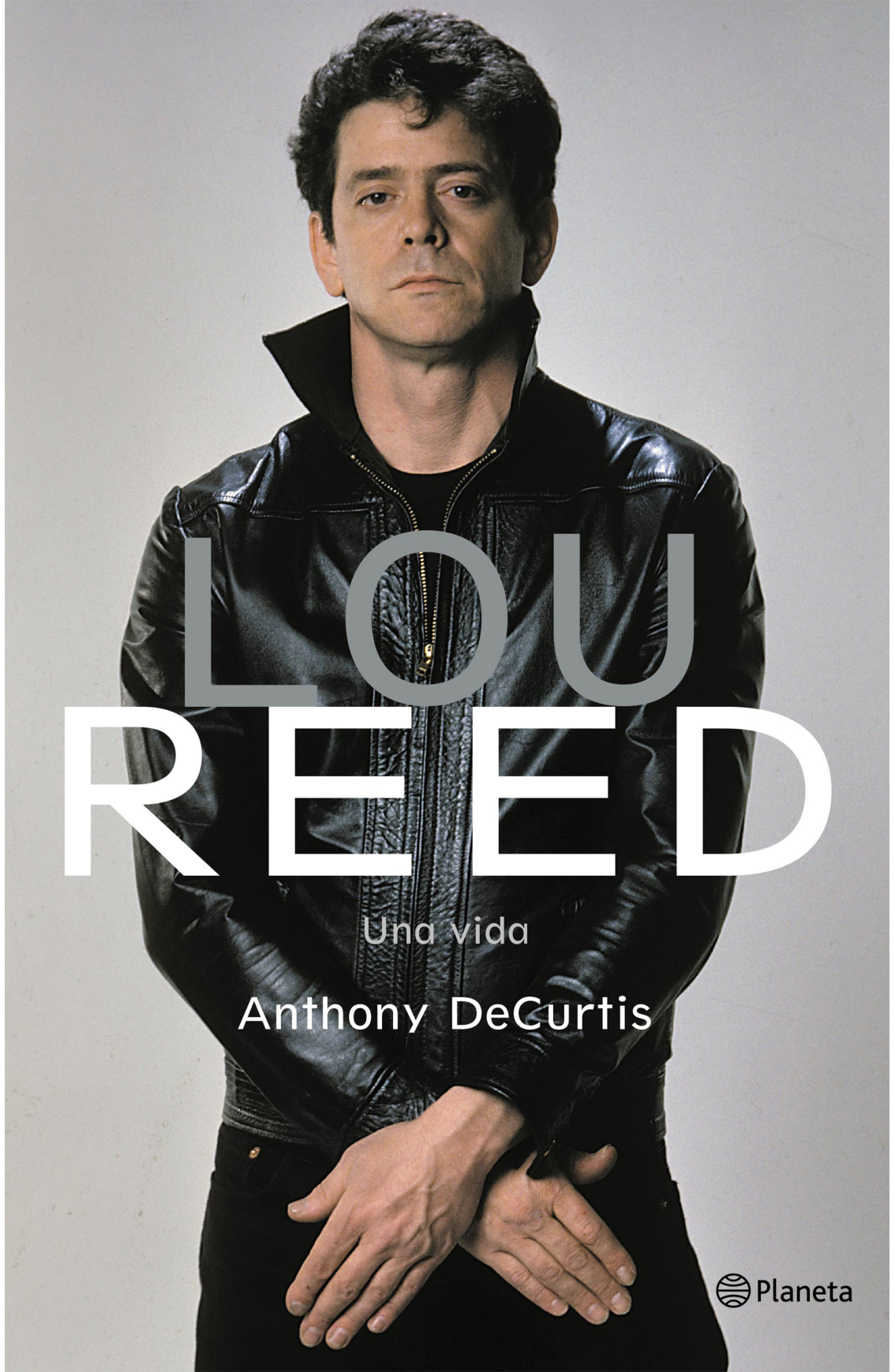


A full-length portrait of Lou Reed. He is standing with his arms crossed, wearing a black leather motorcycle jacket over a black t-shirt. He has dark, wavy hair and is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a plain, light-colored wall.

LOU REED

Una vida

Anthony DeCurtis

LOU REED

U N A V I D A

Anthony DeCurtis

Traducción: Luis Chitarroni

1.

DE BROOKLYN A LA ENTREPIERNA DE LONG ISLAND

Bautizado con el nombre del difunto abuelo de su madre, Lewis Allan Reed nació un 2 de marzo de 1942, en Beth El Hospital, en Brooklyn, Nueva York. Sus padres fueron Sidney Joseph y Toby Reed. Sidney, un astuto y ambicioso contador, y Toby, un ama de casa cuya belleza era consabida. Tres años después, a sus 19 años, fue elegida como «Reina de las Estenógrafas» en uno de los tantos concursos de belleza locales de ese momento. Había sido nominada por la firma para la que ella trabajaba, el Servicio de Abogados Unidos, y era característico de su reticencia clamar que la única razón por la que había sido elegida era porque «la verdadera estenógrafa bella justo se había enfermado ese día». Su foto fue publicada en el *Brooklyn Eagle* y, coronada reina de las estenógrafas, asistió a una premiación en el centro de Manhattan, a unas pocas estaciones de subte y a un mundo de distancia de su vida en Brooklyn.

El país apenas había atravesado la Depresión y la Segunda Guerra Mundial había estallado, pero Brooklyn continuaba siendo un pacífico y rudimentario lugar para vivir. El distrito estaba poblado por una diversidad de etnias, con barrios italianos, irlandeses, judíos y afroestadounidenses y, en algunas instancias, superpuestos, con diversos grados de confort. A diferencia de la incesante modernidad y elevadas torres de Manhattan, Brooklyn era popular y vetusto. Los edificios eran bajos y había zonas con todo al alcance de la mano. Las comunidades de inmigrantes vacilaban entre la posibilidad de recrear los lujos familiares de sus patrias europeas y la de adecuarse a las novedosas oportunidades del Nuevo Mundo.

Las madres de Sidney y de Toby habían emigrado de Europa en la década de 1900. La de ella de Polonia, la de él, de Rusia. El abuelo de Sidney, Mendel Rabinowitz, fundó una muy exitosa imprenta y se estableció en un barrio de Brooklyn, Borough Park, con un fuerte predominio de judíos e italianos. Un nombre tan evidentemente judío como el de Rabinowitz no ayudaba a Sidney en sus aspiraciones por progresar en un mundo fuera de su barrio, así que legalmente modificó su apellido por el de Reed.

Los Reed no eran religiosos ni pertenecían a la sinagoga. Sin embargo y pese a todo, Lewis celebraría más tarde su bar mitzvá. Sidney Reed, un hombre de opiniones, despreciaba la religión organizada. Era algo así como un solitario, y su familia no tenía amigos cercanos ni tampoco pertenecía a una organización barrial. Vivían en una pequeña casa con escalinatas. Sidney tenía muy buena relación con su hermano Stan, que llegó a vivir con los Reed un tiempo, pero la mayoría de las veces la familia Reed era apegada y cerrada. Lewis fue el primer niño de los Reed, y como ocurre con cualquier primer y único hijo de una familia judía, fue adorado.

Como muchos hombres de su tiempo, Sidney luchó por conseguir un trabajo en los comienzos de la Depresión. Era un señor muy ilustrado, que valoraba mucho la lengua y soñaba con convertirse en escritor o abogado, pero que se conformó con un certificado de contador público, de acuerdo con los deseos de su madre. Toby, apellidada Futterman, había dejado el colegio en su incipiente adolescencia para trabajar y ayudar económicamente a su familia después de la muerte de su padre.

La época de la guerra fue aterradora para todos, pero particularmente para los judíos. Cuando los nazis invadieron Europa los rumores e informes de la población judía comenzaron a cruzar el Atlántico hacia Estados Unidos. Las decepciones personales se dejaron de lado, y predominaba un sentido de tensa y precaria gratitud. Simplemente tener un trabajo y bastante dinero para vivir y aportar a una familia que crecía —simplemente, estar vivo— parecía suficiente para estar agradecido. Esperar más hubiese sido tentar al destino.

El Brooklyn en el que se crió Lou Reed vivía bajo un manto de neblina nostálgica, quizá merecidamente. A veces da la impresión de que el futuro entero de la industria musical fue forjado por judíos del Brooklyn de su misma generación, Carole King, David Geffen, Neil Sedaka, Clive Davis, Neil Diamond, Gerry Goffin, Seymour Stein y Barbra Streisand entre ellos. Las familias judías por lo general alentaban la formación y ambición de sus hijos y eso se manifestaba tanto en el trabajo creativo como en los negocios. El sentido práctico de los negocios nació porque, para sobrevivir en los Estados Unidos de la pos-Depresión, era necesario un trabajo que garantizara un salario todos los meses. La creatividad, en cambio, parecía derivar de la fuente contraria, una que estaba fuera del control de sus padres. Como todos los grupos de inmigrantes tienden a hacer, los judíos que vinieron a Nueva York trataron de reconstruir el hogar que habían dejado atrás. Eso proveía cierta sensación de comodidad y a ojos contemporáneos suena romántico y encantador. Pero estos *shtetls*² de Brooklyn eran punitivos y dolorosamente pasados de moda con los hijos y nietos de esos inmigrantes. Música estadounidense, radio, películas y televisión significaban mucho para esos jóvenes con una idea demasiado salvaje y amplia de lo que es la libertad como para competir con los departamentos densamente ocupados en los que vivían. Esa generación dejaría Europa atrás y crearía una imagen de Estados Unidos en las artes populares que cambiaría la forma en que el mundo observaba al país.

Para muchos, Brooklyn en los años 40 y tempranos 50 era un mundo de desayunos continentales, soleados mediodías en Ebbets Field³, hombres esperando en los puestos de diarios la próxima entrega para saber los resultados de los deportes y las carreras, mujeres sentadas afuera en las escaleras para escapar del calor, mirando a sus niños y compartiendo

2 Palabra yidisque significa *villa* o *pueblo*, comúnmente utilizada para denotar un sitio con gran cantidad de judíos en Europa oriental durante la época previa en el Holocausto. Por extensión, comunidades donde se vive y se practica el judaísmo de manera ortodoxa. [N. de e.]

3 Estadio para eventos deportivos ubicado en la zona de Flatbush. Sede del equipo de béisbol Brooklyn Dodgers de 1913 a 1957. [N. de e.]

chismes con los vecinos. Si Lou notó o participó de esas actividades, apenas tuvo conciencia de haberlo hecho porque jamás compartía esos recuerdos con otros. Él repetidamente describiría su vida en Brooklyn como una mezcla de opresión familiar y problemas entre vecindarios. Como compositor, terminaría por exaltar las alquitranadas calles de Nueva York, pero como niño las encontraba anodinas, tanto aterradoras como vacías. Ni siquiera pudo adularlas en retrospectiva, aunque él probablemente las haya descrito peor de lo que en realidad eran. Llevar la imaginación al extremo se trató de un hábito temprano.

Reed fue a la escuela pública 192 en la 18ª Avenida, a cuatro cuartas del departamento de sus padres. Su madre lo llevaba. Reed mencionaba que no quería ir solo al colegio antes de los 9 años porque «si caminabas por las calles, terminabas muerto». Con respecto al colegio mismo, dijo: «Nos ponían en fila en el patio alambrado, sin pasto por el que caminar. La sala de juegos era de concreto y había celadores en el almuerzo... La gente hacía pis en las calles. Cuando un chico tenía que ir al baño, levantaba la mano, lo sacaban de la fila y lo mandaban a mear al alambrado. Era casi como estar en un campo de concentración». Es inconcebible, por supuesto, que maestros, especialmente en un colegio mixto de ese momento —o en cualquier otro— obligaran a los chicos a hacer pis en una valla en lugar de mandarlos al baño del establecimiento. Era probable que los niños lo hicieran por su cuenta cuando jugaran en el recreo sin que ningún maestro o celador estuviera presente, y que Reed mezclara estos recuerdos para mejorar la anécdota. Pero sí, por muy irónico que parezca, uno compara su colegio primario con un campo de concentración, todo es posible y verosímil.

Si los contemporáneos de Reed alguna vez escucharon cantos evocadores en alguna esquina o las maravillas de la radio de Nueva York mientras crecían en Brooklyn, en el caso de Lou impresiones de esta índole fueron para él subrepticias u olvidables. «Yo nunca escuchaba nada en Brooklyn», me dijo. «La radio no existía». Concluyó: «No pude haber sido más infeliz en los ocho años que pasé creciendo en Brooklyn». Casi cómicamente agregó: «La mayor parte de mis recuerdos de infancia no están disponibles. Mi infancia fue tan poco placente-

ra que no recuerdo absolutamente nada antes de los 31 años». Reed sí asistió a partidos de los Dodgers con su padre, aunque luego desacreditaría la experiencia, alegando sarcásticamente que el hecho de que los Dodgers abandonaran Brooklyn —una fuente de interminable tristeza para, y hay mucho escrito al respecto, escritores brooklynianos de la época— era la causa de su cinismo. Admitió ser un gran seguidor de los Dodgers, pero el traslado de Brooklyn a Los Ángeles en 1957 —irónicamente, mucho tiempo después de que Reed y su familia se hubieran ido también del barrio— lo afectó tanto que le fue imposible recobrar su amor por el baseball.

Cuando Reed tenía 5 años, nació su hermana menor, Merrill, apodada Bunny. Ahora con dos hijos, los Reed, como muchas otras familias solventes que vivían en ciudades por esa época, consideraron la idea de mudarse a los suburbios. La guerra había terminado y Estados Unidos se perfilaba como una de las grandes potencias económicas del mundo. Crecían las familias, y los poblados centros urbanos empezaron a volverse indistinguibles de los ambientes apretados de los que sus antepasados habían huido. La posguerra en Estados Unidos estuvo caracterizada por el deseo de establecer una tranquilizadora normalidad, para borrar a la Europa de las guerras y el genocidio, para perder el pasado y vivir en los Estados Unidos del brillante y eterno futuro. Es cierto, había aparecido la Guerra Fría y la amenaza de aniquilación nuclear propiciaba un persistente pavor encubierto. Pero esa fragancia de mortalidad solo encendía el deseo de estabilidad, una especie de anhelo sumergido en el orden. El crecimiento de la economía y las reformas del New Deal que la administración de Roosevelt había implementado para combatir la Depresión significaron que la movilidad social era, por esta vez, una verdadera posibilidad en Estados Unidos. El sueño de tener tu propia casa se estaba convirtiendo en una realidad para millones de personas. Y cuando a Sidney se le ofreció un trabajo como tesorero en Cellu-craft, una firma de Long Island que, al mejor estilo de *El graduado*, producía plásticos, pareció que los Reed estaban cerca de ese sueño. Así que, en 1952, la familia Reed se mudó a Freeport, Long Island.

Sidney Reed quería criar a sus hijos en Long Island en parte porque lo consideraba más seguro y porque «creyó que las oportunidades en la isla iban a ser mejores», dijo Allan Hyman, uno de los amigos cercanos de la familia Reed en Long Island. «Muchos lo sentían de la misma forma». Freeport era uno de esos pequeños pueblos situados en la costa sur de Long Island que funcionaba como una comunidad hotelera para Nueva York. Los Reed se mudaron allí en un momento en que la conformidad no era ni deseada ni valorada; se trataba de un bien incuestionable. La casa de los Reed —una indistinguible casa estilo rancho de tres habitaciones sobre la 35 Oakfield Av.— costó 10.000 dólares y había sido construida en 1951. Muchas de las familias que fueron de la ciudad a la isla eran de Brooklyn, y muchos de ellos eran judíos. Los judíos eran una distintiva aunque significativa minoría. Reed fue anotado en la escuela hebrea Congregación B'nai Israel, a la que asistía —y que aborrecía— tres veces por semana para la preparación de su bar mitzvá. En un notable contraste con las políticas de identidad actuales, la asimilación estaba a la orden del día en los iniciales años 50 de Long Island, y ninguno de los amigos de los Reed, judíos o no, recuerda incidentes de antisemitismo o favoritismo. Había una comunidad negra en Freeport, y los estudiantes congeniaban sin barreras de prejuicio en el secundario, aunque una lucha racial irrumpiría más tarde, en los años 60. «Era un lugar fantástico para crecer», dijo Doug van Buskirk, que fue compañero de clase de Lou. «Probablemente todos en la costa sur de Long Island podían decir lo mismo en los 50». La gente caminaba por cualquier lado a cualquier hora del día o de la noche. Podíamos llegar tarde de una fiesta y dar un paseo por el pueblo. Era muy seguro, casi en su totalidad un barrio de clase media».

Aunque las personas se identificaban con su pueblo local, varios lugares a lo largo de la costa —Freeport, Baldwin, Oceanside y Rockville entre otros— mezclaban sus límites. Las distinciones de clase también eran borrosas. Familias profesionales, como la de Reed, vivían en la misma calle que familias de clase trabajadora, dueñas de los comercios locales o que trabajaban en el servicio industrial,

como plomeros. Era una etapa anterior a la de las McMansiones y el conspicuo alarde de riqueza. Algunas diferencias económicas existían, por supuesto —un mejor auto, una empleada doméstica, tener un bote—, pero eran sutiles y la gente no tenía la necesidad de ostentar esos detalles. «No creo que ninguno de nosotros alguna vez haya pensado que la casa del otro fuera más linda que la de uno», dijo Judy November, quien fue la compañera de laboratorio de Lou en la secundaria, cuando su apellido era Titus. «Eran otros tiempos; éramos menos materialistas. Pero todos mis amigos, en ese momento, estaban bien económicamente, o eso pensaba».

Si tu familia no provenía de un linaje aristocrático con una buena herencia o un buen ahorro para empezar —y ninguna de las familias de Freeport podía jactarse de eso— tu mucha o poca riqueza se trataba de un asunto privado. Incluso una competitiva práctica suburbana como la de “ver cuánto tiene el vecino”, no pasaba por una envidia material, sino por mantener el calmo equilibrio de la próspera conformidad que los había llevado hasta allí en primer lugar. Cualquier signo de desgaste o indiferencia —un césped crecido, un auto roto, pintura descascarada— evocaba inquietantes memorias del anónimo, repleto clamor y la pavorosa decrepitud de la ciudad. En ese sentido, cada familia tenía que hacer su parte para mantener la apariencia uniforme y controlada que era el sello distintivo de la vida suburbana. Cualquiera que pudiera hacerse con 10.000 dólares para comprar una casa por la zona probablemente encajara en la categoría de «acomodado» o «clase media», para usar dos de las vagas expresiones empleadas en Estados Unidos en esa época —y desde esa época— con el objeto de nublar distinciones de clase. Y si en los años 50 llegabas a un suburbio como Freeport, significaba que habías plantado la primera semilla en la tierra del sueño americano. Incluso hoy, Freeport se parece mucho a lo que era antes. Las casas fueron retocadas y expandidas un poco, pero no derribadas para hacer una reconstrucción masiva. Es como si las casas hubieran entendido el mensaje: si llegabas a Freeport, te quedabas. Lo que estaba allí había que mantenerlo, sin ningún otro requisito.

Según Allan Hyman, el padre de Reed era «un hombre callado. Muy reservado. Yo lo veía como una persona muy estricta. Muy apegado a su familia. No toleraba que la gente insultara delante de sus narices. Tenía muchos principios de clase media y quería que todos se comportaran adecuadamente. Quería que Lou respetara a sus padres. Así era. Mi padre era muy parecido. Eran muy conservadores. Esperaban que nos comportáramos en la cena y que nos vistiéramos de una determinada manera».

«Yo tenía muchos amigos con padres que instruían a sus hijos en deportes y cosas por el estilo. Eran personas con las que podías ir a lanzar una pelota en los parques. Mi padre y el de Lou no eran así. El padre de Lou era mucho más cerebral, neurótico. Generalmente, cuando iba a un restaurante con los padres de mis amigos, ellos siempre eran los encargados de pagar. Pero cuando iba con Lou y sus padres, ellos pretendían que yo aportara. “Tu comiste una hamburguesa, debes un dólar con veinticinco”». Sobre Toby, Hyman dijo: «Era la imagen viviente de la ama de casa suburbana con delantal en los años 50, cuidando siempre de sus hijos y de su marido. Así era ella. La mujer definitiva. Muy atractiva, simpática, amistosa. Una muy buena persona. Era una de esas mujeres que, cuando yo estaba de invitado, siempre me preguntaba si quería algo para comer. Me traía leche y galletas». Richard Segal, otro amigo de Long Island de los Reed, estuvo de acuerdo. «Nunca llegué a conocer al padre de Lou muy bien, pero la madre de Lou no solo era bella, sino también muy amable conmigo». Bunny describe a su madre como «una persona que fue ansiosa durante toda su vida», que «se comportaba muy tradicionalmente con su padre, siempre sirviéndolo».

Por muy atractivo que les pareciera Freeport a los demás, para Lou era una cárcel. Sus padres no tenían un gran círculo de amistades. No había recorridos culturales ni de entretenimiento por Manhattan: nada de visitas a museos, ni teatro, ni circo. Era un pequeño, apretado, protegido mundo. Apenas haber llegado a Long Island parecía ser suficiente para sus padres, especialmente para Sydney, que veía su consuetudinaria y aburrida existencia como una virtud. De todas formas, Sydney amaba la música y a menudo ponía discos en su casa: cortinas musicales de programas, Benny Goodman, jazz. Tenía una importante colección

de vinilos de la que cuidaba atentamente. Pero Reed solo describiría Freeport en los más ácidos términos a lo largo de su vida. «Hampstead es como la entrepierna de Long Island», dijo en una memorable entrevista. «Es como una parada de autobuses con maricas caminando alrededor preguntando “¿estás enamorado?”». Si te cruzabas con alguna mente criminal enferma, era de Great Neck. Nadie hace más esfuerzos para escapar de su educación que alguien de allí. Terminan por convertirse en escabrosos criminales que cometen calculadas violaciones y asesinatos de chicos de 4 años. Es hasta normal encontrar como justificación: “Nací en Great Neck, ¿qué esperaban?”».

El padre de Reed y su deseo por representar una imperturbable respetabilidad serían el blanco perfecto para la rebelión de Lou. «Él decía que mi padre era un republicano horripilante», confiesa Hyman, cuyo padre era un exitoso abogado. «Y también se refería al suyo como un repulsivo republicano contador. No lo entendía en ese momento, no sabía en ese momento qué era ser un republicano. Solo pensaba que Lou decía las cosas con naturalidad, tratando de sonar escandaloso y colérico, que era en lo que probablemente se estaba convirtiendo. A él le encantaba escandalizar. Y esa era una de las razones por las cuales yo lo encontraba interesante, porque la mayoría de mis amigos no se parecían a Lou para nada».

Para su educación secular, Reed ingresó en tercer grado a la Caroline G. Atkins Elementary School. En Brooklyn había vivido nervioso y asustado, y esos sentimientos continuaron en Freeport. Según su hermana, quien luego sería psicoterapeuta, Lou «sufrió ataques de pánico y ansiedad durante toda su vida... Era casi evidente que estaba volviéndose extremadamente ansioso y obstinado en esquivar toda convención social que no se produjera en los términos que él dictaminara. Fue poseído por un frágil temperamento». De todas formas, como ocurría a menudo con los niños que eran llevados de Nueva York a los suburbios, el cambio de ambiente le permitió a Reed adoptar un aire pendenciero. Muchas de las familias de Freeport provenían de las ciudades, pero no todas, así que la experiencia de Reed en las malvadas calles de Brooklyn le daba algo así como una credibilidad callejera, o al menos habilitaba su pretensión.

Quizá más importante, su rudo comportamiento en el santurrón pueblo de Freeport no podía propiciar más problemas de los que, en una hipotética confrontación, tendría en Brooklyn. En Freeport, Reed podía ser uno de los chicos malos, o al menos posar como uno, con pocas consecuencias. «Empezó a ser irrespetuoso desde temprano», dijo Richard Bloom, que fue al colegio con Reed, y ese comportamiento persistiría.

No mucho tiempo después de que los Reed llegaran a Freeport, la juvenil cultura de los años 50 alteró la aparentemente tranquila superficie de la década en Estados Unidos. Junto con los tempranos y trémulos sonidos del advenedizo rock and roll vinieron los primeros antihéroes cinematográficos como James Dean y Marlon Brando. Llevaban consigo el espíritu de la delincuencia juvenil, la rebelión apolítica de la adolescencia en contra de la conformidad y blandura que la sociedad estadounidense tan sentimentalmente acuñó. Reed caminaba por ambos lados. «Lou era un buen estudiante», recordó November. «Un muy serio estudiante, no era famoso por ser un ratón de biblioteca, pero aplicado al fin. Era considerado un alumno de curso responsable y era muy querido». Reed luego admitiría haberlo pasado muy mal en Long Island, pero, de acuerdo con November, «yo sentía que él la pasaba muy bien, no lo veía en una postura hostil, ni tampoco con una energía negativa». Incluso se comportaba bien como compañero de November en el laboratorio. «Era diligente», dijo ella. «¡Jamás hizo volar un experimento mientras estábamos en la habitación!». Reed, al igual que sus amigos, disfrutaba de los placeres de la isla: tenis, salidas a Jones Beach, montar a caballo, películas, el ocasional paseo en bote y vida social.

Reed también era un buen lector. «Lou y yo siempre estábamos leyendo», dice Richard Sigal, que fue a la escuela con Lou desde el octavo grado y siguió siendo su amigo a lo largo de su trayectoria escolar; que Sigal eventualmente se haya recibido como profesor de Sociología con especialidad en personalidades desviadas era algo que a Reed le causó mucha gracia cuando los dos retomaron su relación como adultos. «Amábamos a Ian Fleming, las novelas de James

Bond», decía Sigal. «Se trataba casi de un concurso: quién lo compraba primero y lo terminaba para hacérselo saber al otro». La competitividad llegaba también a otras áreas. «Jugábamos tenis en el colegio y en la secundaria —dijo Sigal— y era como un partido de Connors y McEnroe. Estábamos exactamente en el mismo nivel. Él ganaba un set, yo ganaba el otro. Lo molestaba mucho. Los dos queríamos ganar. Y a él no le gustaba perder».

Pero en otras disciplinas era imposible competir con él. «Lou siempre estuvo más adelantado que el resto», dijo Sigal. «Se empezaba a beber a los dieciocho por ese entonces, así que nosotros decidimos hacerlo a los dieciséis. Tomábamos nuestras primeras pintas, pero Lou ya fumaba marihuana. No lo hacía en frente de todo el mundo, pero yo lo sabía. Cuando mirábamos a las chicas de Playboy, Lou leía al Marqués de Sade, cosas que a mí nunca se me hubieran ocurrido leer y que no sabía cómo encontrar».

En los tardíos años 50 y principios de los 60, revistas como *Evergreen Review* y editoriales como Grove Press, ambas fundadas por Barney Rosset, comenzaron a publicar obras que intentaban subvertir a conciencia el conservadurismo de la cultura estadounidense de posguerra. La sexualidad fue un importante campo de batalla. Rosset lideró la lucha con la publicación de las versiones sin censurar de *El amante de lady Chatterley* de D. H. Lawrence y *Trópico de Cáncer* de Henry Miller. La línea entre la literatura sexualmente recargada y la provocación erótica empezó a difuminarse. *Playboy* pulicó su primera entrega en 1953 y, mes tras mes, brillaban fotografías de la vecina con los pechos expuestos reposando sobre relatos breves de pesos pesados de la literatura y ensayos acerca de las libertades otorgadas por la Primera Enmienda. De manera similar, serias obras literarias con sugerente contenido sexual aparecían también en revistas avant-garde al costado de fotos e ilustraciones que faldeaban la línea de lo obsceno. Insultar el pudor sexual de esa época era un flechazo efectuado con un arco cultural.

Si la representación de la heterosexualidad funcionaba como una amenaza para el *mainstream*, la homosexualidad era percibida como estrictamente peligrosa. Allen Ginsberg, William Burroughs, Hubert Selby Jr., Gore Vidal y John Rechy, entre muchos otros escritores, em-

pezaron a explorar temas homosexuales en sus novelas y el amor que no se atrevían a confesar empezó a encontrar su voz. Aunque se los considerara controversiales, estos escritores también eran alabados por sus muy directas críticas, y el hecho de que su trabajo fuera considerado alarmante, solo incrementaba el influjo que ejercían sobre la generación de proliferantes rebeldes entre los que se encontraba Lou Reed. Estos escritores empezaron a documentar los caminos del antes invisible *underground* de Estados Unidos, un mundo que John Rechy finalmente llamaría la ciudad de la noche («*City of Night*⁴») y del que Lou Reed haría su estético —y a veces, personal— hogar. Estafadores, travestis, prostitución de hombres, de mujeres y adictos poblaban el reino subterráneo que hacía que los Estados Unidos de Eisenhower, con sus suburbios acicalados, pasaran enteramente inadvertidos o fueran inexistentes. Que el reino del traqueteo gay existiera, por necesidad, en ambientes criminales —bares dirigidos por la mafia; marginales, potencialmente violentas secciones del pueblo; precarias casas y hoteles de alojamiento— solo hacía de esto algo más seductor y subversivo. Tal mundo debe haberles favorevido una imaginativa creación, tanto como podía ser la del bosque de Arden de Shakespeare, a muchos de los jóvenes literarios rebeldes por los pagos de Nueva York o Los Ángeles. Para Reed la ciudad de noche tenía la misma carga emocional: fuera recorrida por un aventón o por un viaje en tren.

Incluso en la secundaria, Reed llevaba una especie de doble vida. En un nivel más superficial, iba a clases, hacía atletismo escolar y sacaba buenas notas. «Lo veía prácticamente todos los días en los primeros años de la secundaria», dijo Allan Hyman, compañero de colegio de Reed. «Era visto como un chico callado. No se mezclaba con los chicos populares, yo tampoco. Él restaba importancia a esas cosas». Junto con su amigo Richard Sigal, Reed aceptó un empleo de verano como basurero con un palo puntiagudo en la cercana Jones Beach. De acuerdo

4 *City of Night* (Ciudad de la noche) es una novela escrita por John Rechy, publicada originalmente en 1963 en Estados Unidos por Grove Press, una de las primeras en hacer referencia al submundo de la ciudad de Nueva York, incluyendo el de la prostitución callejera masculina y femenina entre sus temas. [N. de e.]

con Sigal, Reed no duró mucho. Lo que Reed sí creía importante era la música, la escritura y el sexo. Hablando de su descubrimiento del doo-wop, rythmn & blues y rock and roll en la radio en su adolescencia de los años 50, Reed recitó acerca del «oscuro, almizciado, meloso sonido líquido del rock and roll. Los sonidos de otra vida. Los sonidos de la libertad. Como cuando Alan Freed⁵ golpeaba las guías telefónicas o el chirrido del saxo tenor de Al Sears fogueaban las ondas de sonido con su melodía de *Hand Clappin*, yo me sentaba a mirar un indescifrable libro de llana geometría, cuyos trazos y ángulos ignoraría por siempre. Y quería escapar del mundo de las pruebas de admisión escolares (SAT), las planillas de notas, para internarme inmediata y eternamente en el mundo de Shirley and Lee, Los Diablos, The Paragons, The Jesters. En la *Smoke from Your Cigarette* de Lilian Reach and The Mellows. O en *Why Can't I Be Loved?* (¿Por qué no puedo ser amado?), una pregunta que efectivamente me hice mucho en mi adolescencia. Las letras se asentaban en mi cerebro como sonetos shakespearianos con todo el poder de la tragedia. La canción *Gloria*. “Por qué no me escribes cariño/ mándame una carta”, de The Jacks. Y también estaba Dion, con el genial arranque de *I Wonder Why* que se grabó en mi cabeza para siempre. Dion, su voz no se parecía a nada que hubiera escuchado antes. Podía imitar todos los registros, acompasar las sílabas sin esfuerzo alguno, elevarse tan alto para llegar al cielo como quisiera y bailar allí con las estrellas para siempre. ¡Qué voz! Había absorbido e incorporado todas estas influencias en su propia alma, así como el vino se hace sangre». De sus canciones favoritas de doo-wop, Reed dijo más tarde: «Me hacían creer que yo podía escribir mis propias canciones».

La obsesión de Reed con el rock and roll en la secundaria lo condujo a tocar la guitarra. Encontró a un profesor y fue a una clase, en ella pidió aprender los cuatro acordes para usarlos en las canciones que le gustaban. Armó bandas para tocar en actos escolares, y junto con sus amigos

5 Famoso *disc-jockey* radial de la época, solía golpear las guías telefónicas, cantar e intervenir al aire las canciones. [N. de e.]

Richard Sigal, en guitarra, y Allan Hyman, en batería, empezó a actuar en fechas locales. Reed arrastró a Judy Titus para que se uniera, a Sigal, y a otro estudiante de la secundaria de Freeport para actuar en el show de talentos del colegio. «Estaba buscando la oportunidad de actuar en el escenario, así que me vino como anillo al dedo», dijo Judy November. «Ensayábamos bastante bien. Lou era el organizador de nuestro evento. Pero no era para nada dictatorial». Reed ya había actuado en el colegio junto con un amigo llamado Alan Walters y un cantante llamado Phil Harris, que era su compañero de curso. «Estábamos en muchas clases juntos y a veces íbamos a su casa para pasar el rato», Harris recordó. «Los dos estábamos interesados en la música y en las bandas del momento por esas épocas». Reed, Walters y Harris habían montado un número de Little Richard, y Harris, la voz principal, destacó en 2008 que él quedó «ronco desde ese día». Reed y Walters hacían los coros y Reed tocaba la guitarra. El éxito fue tal que el trío decidió ver si podían componer sus propias canciones. Se juntaron en la casa de Lou y produjeron dos doo-wop: *Leave Her for Me* y *So Blue*. Una inspiración para sus composiciones fue un vecino que había asistido al show antes nombrado; mencionó que tenía un contacto en la industria de la música y preguntó si no les molestaría tocar algunas canciones propias para él. Una vez escuchadas las canciones que habían compuesto, puso a Reed en contacto con Bob Shad, que trabajaba como representante artístico para Mercury Records y había podido sacar adelante su propio sello con el nombre de Time.

A Shad le gustaron ambas canciones y contrató al grupo para su sello. Se habían bautizado como The Shades. Eran muy comunes estos tipos de arreglos con bandas jóvenes en esos momentos. «Yo solía preguntarle a Bob Shad cómo nos iban a pagar por las ventas de discos —recuerda Harris—, y lo que tenía como respuesta generalmente era que no me preocupara por la parte de los negocios». Como adolescentes y alumnos de la escuela secundaria, sentían que no estaban en una posición cómoda para presionar las cosas. Shad llevó el grupo al estudio e hizo arreglos para contratar a una voz adicional que acompañara a Reed y Walters en los coros. Increíblemente, Shad también pudo contratar al tórrido saxofonista King Curtis y al célebre guitarrista de

rythmn & blues Mickey Baker para tocar en el disco. Las canciones eran poco llamativas para los estándares de los hits de radio por esos tiempos, pero no del todo malas para los jóvenes, con las vívidas intervenciones de Curtis en todo momento. En cuanto a la composición, *Leave Her for Me* fue atribuida a «Lewis Reed», y *So Blue* a Reed y Harris. Como un temprano reflejo del sentido de la moda de Lou, la banda actuaría con lentes de sol: de ahí el nombre Shades (Sombra). De todas formas, Shad estaba preocupado de que los anteojos y el nombre provocara que los confundieran con otras bandas, así que, con imperceptible astucia, cambió el nombre del grupo por The Jades. Es muy probable que pensarán en la gema, pero, como buen jovenzuelo conocedor, es posible que Reed estuviera al tanto del histórico uso que se le daba a la palabra para describir a las mujeres de no muy reputada sexualidad, uso etimológico que derivó en el término *jaded*.

Leave Her to Me alcanzó su minuto de gloria cuando fue usada en el Swingin Soiree, un show dirigido por el legendario disc-jockey de Nueva York, Murray Kaufman, universalmente conocido como «Murray the K», en 1010 WINS, una radio de rock considerada muy importanten por entonces en el país. Para la inmensa decepción de Reed, no fue esa noche Kaufman quien estuvo a cargo del programa, sino un DJ sustituto que eligió pasar la canción, (la banda luego la modificaría para una fiesta de baile en Long Island en donde Kaufman haría una breve aparición). Las dos caras del single también aparecieron en rocolas de Long Island. Reed diría luego haber recibido un cheque por regalías de setenta y ocho centavos, incitando a la posterior broma de Harris, diciendo que en tal caso le debía un tercio por su contribución en la creación de la letra. The Jades también llevó sus shows a la carretera. «Tocábamos en aperturas de centros comerciales y otros eventos después de que saliera el disco *So Blue*», dijo Harris. «Tocábamos en bares, otros establecimientos o en cualquier lado donde la gente nos escuchara. A veces lo hacían, a veces no. Vestíamos indumentaria clásica de los años 50. Anteojos de sol, pantalones ajustados, corbates y chaquetas con mucho brillo». Después de *So Blue*, Shad invitó a Harris a grabar otras canciones para él. Notablemente, los otros Jades no estaban incluidos en la invitación. De todas formas, Reed grabó otras

pistas para Shad en 1962, entre las que figuraban temas pop adolescentes como *Your Love* y *Merry Go Round*, ninguna de las dos tuvo mucho éxito. El roce con la exposición, en cambio, lo envalentonó para continuar. «Solía ir a Harlem», recuerda. «Conocí a este tipo, Leroy Kirkland, que era la persona detrás de los arreglos en la orquesta de Alan Freed en sus shows de rock and roll. Iba con él para conseguir que los Harptones o cualquiera grabara alguna de mis canciones. De lograrlo, hubiera sido fantástico».

Reed no se conformaba con tocar con los Jades. «Empezamos una banda de garaje bajo el nombre de The Valets por Lou», dijo Richard Sigal, quien instruyó a Reed en la guitarra; Allan Hyman tocaba la batería y Bobby Futterman, un primo de Lou que vivía en un pueblo cercano a Long Island, tocaba el bajo y la guitarra. Jerry Jackson, una estrella de fútbol americano de raza negra del secundario de Freeport, también estaba presente en The Valets como cantante. «Jerry tenía una muy buena voz y era el cantante principal en algunas canciones», recuerda Sigal. «Lou siempre me dijo “que tenía una voz muy dulce”, así que me elegía para las canciones lentas. Cantaba *Castle in the Sky* de los Bop-Chords. Yo hacía las canciones doo-wop y Lou las más rápidas y graves. A él le gustaba mucho *Bony Moronie*. Tocábamos en fiestas, balnearios y bares por todo el estrecho sur de la costa de Long Island. Nunca sabías si te iban a pagar o no con The Valets; a veces nuestra paga era la cena, un plato de espaguetis. Tocábamos en cumpleaños privados que se hacían en casas, los vecinos generalmente terminaban llamando a la policía, que venía a pedirnos que lo dejáramos. Siempre tocábamos muy fuerte». The Valets seguía una rutina convencional: «Tres canciones rápidas y una lenta, especialmente si querías que la gente comenzara a bailar. A veces te tocaba un baile en que hombres y mujeres estaban en lados opuestos de la habitación. Pero cuando empezaba el tema lento, se ponían a bailar enseguida. Luego seguías con una canción rápida. Ese era el formato».

«Lou empezó a volverse un verdadero “entusiasta de la música” dijo Allan de su compañero de secundaria y él había comenzado a tomárselo mucho más en serio que yo en esa época». Sigal recordó que Hyman olvidó una vez la entrada de Lou en el final de una canción.

«Allan estaba golpeando su batería mirando al techo con los ojos cerrados. Lou se acercó y le propinó un golpe con sus nudillos en la cabeza lo suficientemente fuerte como para que yo oyera. Allan parecía aterrado mientras Lou lo miraba con resentimiento y enmendábamos la canción. Supongo que eso indica cómo Lou lidió con los miembros de sus grupos a lo largo de los años».

En el rock and roll, Reed descubrió una añoranza y un lirismo que se complementaban con las crudas verdades de la literatura que leía. El sexo, por supuesto, se integraba en ambas búsquedas estéticas. Mientras Reed y sus compañeros de secundaria empezaba a explorar su sexualidad, como todos los adolescentes, él lo hacía a su modo. «En la secundaria crecimos y nos empezaron a interesar en las mujeres», recuerda Hyman. «Su acercamiento a las mujeres era muy distinto al nuestro. Completamente diferente. No recuerdo que él haya salido con alguien de veras durante toda la secundaria».

Mientras que para Hyman y los demás amigos de Lou era típico buscar chicas con quienes sentar cabeza, Reed actuaba desde otra perspectiva. «Todos teníamos relaciones largas, como de meses o años con nuestras novias», dijo Richard Segal. «Lou, en cambio, no las tenía. Se presentaba con mujeres de la nada. Eran zorras. No tenía idea de dónde las sacaba. No hacía con ellas cosas tradicionales, como ir a ver una película y después tomar un helado. Lou una vez me dijo: “Me gustan las mujeres con corazones oscuros”. Creo que eso explica bastante las cosas». Sigal recuerda a Lou hablando de un encuentro con una de estas chicas de corazón oscuro. «Una vez estábamos holgazaneando en su casa y él estaba hablando por teléfono con una chica», dijo Sigal. «Supongo que los padres se habrían ido y él había llevado a la chica la noche anterior. Empezó a hablar enojado de ella porque se la había chupado la noche anterior y una vez que él acabó, ella salió disparando a la cocina para escupir el buche de esperma sobre la bacha. Le dijo: “¡Lo escupiste arriba de todos los platos!”. Ese era el Lou de manual. No sabía si se trataba de una sátira o si quería impresionarme. Yo solo movía la cabeza».

Allan Hyman tenía un presentimiento acerca de dónde Reed sacaba a estas chicas. «Había una estación de radio en Freeport llamada WGBB, un lugar al que se podía llamar para hacer dedicatorias», dijo Hyman. «Trataba de llamar tanta gente que la línea daba siempre ocupado. Pero entre esperas, realmente podías tener conversaciones con las personas que se encontraban en la misma situación. Podía haber docenas de personas esperando y eso siempre significaba que podías sacarle a una chica su número de teléfono. Lou conoció a una mujer en Merrick de esa forma. Esto es anterior a que pudiéramos manejar, así que ella tomaba un autobús o tren a Freeport, para que Lou la llevara al teatro Grove de la calle Merrick en una salida por la tarde. Se sentaban en el palco y Lou le pasaba la mano por debajo del suéter. ¡No se me puede ocurrir algo más escandaloso! Había señoras mayores con linternas en el teatro por esos tiempos, una de ellas vio lo que estaba pasando, y pidió que pararan. Lou le dijo a la señora que se fuera al demonio y ella llamó al encargado, que los sacó del teatro».

Cuando Reed se cansó de su amiga de Merrick, se la pasó a Hyman, una temprana manifestación de sus fluidos lazos sexuales. Ella fue la primera en ofrecerle a Hyman marihuana, que todavía era una droga muy prohibida en los años 50. («¿Sos adicta a esas cosas?», preguntaba él cuando ella se prendía un porro. «Empezó a reírse».) «Yo literalmente aprendí del sexo por esta chica y Lou fue el primero en encontrarla», dijo Hyman. La chica de graduación de Hyman fue otro de los hallazgos de Reed en Merrick. En el anuario de fin de año de Hyman, Reed escribió: «Haceme saber cómo te fue con Gots», usando un apodo que habían inventado para la chica. En la noche de graduación, Hyman manejaba y su cita estaba en el asiento delantero, mientras Reed se besaba enérgicamente con su propia cita, una chica de East Meadow, en el asiento trasero. Cuando Gots expresó molestia por el grotesco comportamiento de Reed con su cita y rechazó las insinuaciones de Hyman, este terminó enojándose. Habían llegado al restaurante Rockville Center Oasis después de la graduación. Luego abandonaron el lugar, pero dejaron a Gots en el restaurante. Reed, quizá recordando sus propias escapadas con Gots, frenó sus actividades en el asiento trasero y le pidió a Hyman que reconsiderara. «Tienes que volver para buscarla». «No

puedes dejarla ahí tirada». A las tres o cuatro de la mañana, Gots accedió a tener sexo con Hyman. «Ya era hora», dijo Reed desde el asiento trasero. De todas formas, un policía de Freeport que estaba patrullando interrumpió la parranda, así que los planes de Hyman se frustraron. «Lou se reía a carcajadas en el asiento de atrás», recordó Hyman.

Para los estándares contemporáneos, este tipo de aventuras parecen relativamente inocentes, y lo eran. «No se hacía mucho el amor en los 50», explicaba Hyman. «Era otro tiempo. La mayoría de las personas eran muy pudorosas al respecto». Pero Reed se movía más allá de los dramas adolescentes que preocupaban a sus amigos. «El punto de vista de Lou se había vuelto muy bizarro», dijo Hyman. «Todavía más en su poesía, y su escritura en general adquirió ribetes de lo que hoy sería descrito como un estilo gay, si se quiere. Empezó a hablar de tener relaciones con hombres, algo que yo encontraba increíblemente rebelde para la época. Esa era la única forma en que puedo pintarlo. No era que lo viera como un delincuente juvenil. Solo me parecía un chico raro».

Hyman notó que una gran cantidad de chicos en su colegio eran abiertamente «afeminados»; parecían gays —o «maricas», en la nomenclatura de esos tiempos (e irónicamente de los nuestros también)— y, mucho más tarde, lo serían. Reed, en cualquier caso, no era uno de ellos. «A él siempre le interesaron las mujeres: siempre», dijo Hyman. «Así que cuando me mostró su poesía y escritura la encontré confusa. Y siempre eran historias bizarras. Acerca de un encuentro entre dos hombres en un baño público para tener sexo en uno de los inodoros, con gran lujo de detalle. Quizá lo estuviera haciendo y no lo contara, pero esto todavía era en el secundario. Yo veía a Lou provocador, excesivo. Quizá lo sacara de sus libros». Sin duda, la escena de los hombres en el baño público que Hyman describió era posiblemente un tópico de lo que Reed anduviera leyendo, era algo que también ocurría a figuras de la época. Walter Jenkins, un leal allegado del presidente Lyndon Johnson, y en Inglaterra, Brian Epstein, antes de ser el mánager de los Beatles, fueron dos de los más prominentes casos de arresto por actividades sexuales en baños públicos del momento. En Greenwich Village, el baño de hombres, de la casa de Howard Johnson en la esquina de la 8ª y 6ª avenida era un notable sitio de encuentro, en parte gracias a la

cercanía de la calle Christopher y la avenida Greenwich, dos habituales puntos gays. Cuando Hyman preguntó a Reed por las escenas de sus textos, Reed respondió: «¿Nunca se te ocurrió pensar que las cosas pueden ser diferentes? ¿Nunca tuviste alguna de estas ocurrencias? ¿Y qué hay de las fantasías?». Cuando Hyman dijo que él no tenía esas fantasías, Reed solo se encogió de hombros. «Así es la vida», dijo. «Estas cosas preocupan a la gente».

Pero Reed probablemente hiciera más que leer al respecto sobre tales actividades. «Sabíamos todo acerca del otro», dijo Richard Sigal refiriéndose al grupo de amigos del que Reed y él eran parte. «Pero Lou tenía una vida oculta de la que sigo sin saber mucho. Buena parte de ese misterio era que Lou compraba marihuana en algún lado. ¿Dónde? No tenía ni la más remota idea. En esos días, no hubiera sabido por dónde empezar a buscar droga». Otra parte de su vida secreta tomó lugar en el Hay Loft, un lugar dedicado a las multitudes gays y lesbianas. El colegio Hofstra, por ejemplo, no se encontraba muy lejos. (Un habitué del Hay Loft era James Slattery, un residente de Massapequa Park que luego se transformaría en la estrella de la película de Warhol, Candy Darling, y tendría una honorable mención en *Walk On the Wild Side*.) El lugar tenía música, y Reed ocasionalmente tocaba allí. Richard Sigal se acordó de Reed describiendo el ambiente del Hay Loft para él: «Lou decía que a veces los patovicas le palpaban la entrepierna o el culo. Le pregunté cómo reaccionaba cuando lo hacían, pensando que a lo mejor golpeaba a alguien. Él me dijo que solo se reía. Yo era muy ingenuo en ese momento y jamás se me ocurrió pensar que eso a lo mejor le gustaba o lo alentaba».

Con el tiempo, Reed empezó a llevar a sus amigos heterosexuales ahí; en años siguientes lo haría con los clubes de trasnoche que frecuentaba en el centro de Manhattan. Allan Hyman fue uno de esos visitantes. «Era muy impresionante», Hyman recuerda. «Yo no lo entendía. El público era muy joven, solo un poco más grandes que nosotros. Apenas debías tener 18 para beber por entonces, pero podías saltarte la proscripción con 15 años y ser atendido igual en casi todos lados. Lou obviamente conocía a algunas de las personas que iban allí». Reed también llevó a Hyman a un bar gay que él frecuentaba en Oceanside.

Reed finalmente empezó, en los términos de Hyman, a «mostrar una actitud afeminada, en lugar de actuar como un chico común y corriente. Era casi como si lo hiciera a propósito, como si solo lo hiciera para escandalizar, pero no creo que actuara así con las personas con las que no se sentía cómodo. Una particularidad que tenía mi relación con él era la forma en que le encantaba escandalizarme. Le gustaba decir cosas realmente provocadoras y ver cuál era mi reacción». Richard Sigal destacó: «Lou era un experimentador. Experimentaba con su vida sexual, drogas y alcohol. Experimentaba con su música. Había una trama que envolvía y amontonaba todas estas cosas, lo hacía una persona única».

Cuando llegó el momento de pensar en la universidad, Reed y Hyman se inscribieron en la Universidad de Syracuse, un establecimiento privado en la zona alta de Nueva York con una sólida reputación académica. Pero no era el estudio lo que lo había atraído. El padre de Reed lo visitaba los fines de semana, mientras ellos no podían estar pasándola mejor. «Pensábamos que habíamos aterrizado en el cielo», recuerda Hyman. «El padre de Lou se iba a dormir, tranquilo por nosotros, mientras conocíamos a todas estas chicas y nos íbamos de fiesta. Todo el tiempo estaba pensando en la fiesta que tendríamos al llegar. Una vez Lou me dijo: “Esto va a ser genial. ¡La vamos a pasar tan bien!”. Yo contesté que sí, que apenas podía esperar».

El anuario de fin de año describía a Lou como a un «valioso participante» de las competencias de atletismo escolares y declaraba que sus intereses pasaban por «el básquet, la música y, naturalmente, las mujeres». Él no tenía «planes» para la graduación, pero estaba preparado para «aceptar todo lo que viniera». Pero la vida no es siempre tan auspiciosa como parece. Cuando se graduó, Reed informó a Hyman que no iba a ir a Syracuse a pesar de haber sido aceptado. El oprobio de su experimentación y las nuevas preguntas acerca de su identidad empezaron a hacer mella en Lou. Contaba que se sentía deprimido y que sus padres pensaban que iba a ser mejor que se quedara cerca. «Nunca lo compartió conmigo —dijo Hyman— pero pienso que estaba pasando por un estadio de cuestionamiento de su sexualidad. Y me parece que sus padres se habían dado cuenta». Reed también había sido aceptado en la Universidad de Nueva York, que, junto con el campus

compartido con el Greenwich Village, tenía otro adicional en el Bronx, que terminó eligiendo a la larga. De todas formas, quedarse cerca de su casa no morigeraba su depresión y las sospechas de Hyman de que sus padres «se habían dado cuenta» probaron ser más que ciertas. El humor de Reed tenía frecuentes altibajos, y su rebeldía general había capturado la atención de sus progenitores. Él y sus padres lucharon contra sus misteriosas idas y venidas, y el comportamiento «afeminado» que Hyman describió no podía mejorar mucho las cosas. La homosexualidad no era meramente vista como un desorden psiquiátrico para el momento; su estatus legal era dudoso como mucho en la mayoría de los Estados Unidos. A ojos de padres como Sidney y Toby, para quienes la respetabilidad de la clase media era una preocupación, la posibilidad de que su hijo fuera homosexual era un profundo incordio. No había duda de que sus padres lo amaban. Fue el primogénito y su único varón: un estatus especial para una familia judía. Su hermana menor lo adoraba. Pero sus salvajes maneras molestaban la vida ordenada que sus padres habían disfrutado desde su mudanza a Freeport, y ahora la firmeza de su depresión comprometía su salud mental. Es muy posible que Sidney y Toby se preocuparan de que su hijo quisiera iniciar una vida independiente. Un día durante los primeros años en la Universidad de Nueva York, cuando tenía 17, sus padres lo fueron a buscar y lo trajeron de vuelta a casa «rengueando y lacónico», según la descripción de Bunny, «con expresión vacía» y «no comunicativo». En extrañas ocasiones comenzaba a reír como un maníaco. Sidney y Toby le dijeron a Bunny que su hermano había sufrido un «ataque de nervios» y decidieron callar la noticia para evitar que se propagara.

Sidney y Toby intentaron ayudar a Lou. Los doctores habían sugerido que quizá se tratara de una esquizofrenia. De acuerdo con Bunny, los padres pensaban que esto había ocurrido porque no lo habían alzado lo suficiente cuando era un bebé, y lo habían dejado llorar en su habitación. Una noción un tanto absurda, sin duda, pero un razonamiento común de la época que infundiría mucha culpa a Toby, y le dejaría un remordimiento eterno. La condición de Lou no cuadraba con el diagnóstico, aunque también era común que en esos momentos exagerara los síntomas gracias a las drogas u otros estímulos. Un psi-

quiatra escribió una carta en la que, de acuerdo con Bunny, decía que «Lou sufría delirios y alucinaciones, veía arañas caminar por las paredes y... quizá fuera esquizofrénico». Lou enmarcó la carta y la colgó en la pared de su habitación.

Los Reed terminaron accediendo a que su hijo fuera sometido a un tratamiento electroconvulsivo: una terapia de electroshock, como se llamaba por aquel entonces. Al escribir años después de la decisión, Bunny explicó: «Mi padre, severo y controlador, intentaba solucionar un problema que escapaba a sus niveles de comprensión. Mi madre estaba aterrorizada y era consciente de su implícita culpa desde que le habían dicho que esto quizá se tratara de su falta de cuidado. Cada uno sufrió la pérdida de nuestro querido y dulce Lou en el propio infierno privado, sin auxilio ni amparo de la profesión médica». Por muy salvaje que suene —casi tanto como lo era la praxis— el tratamiento de electroshock era común. De hecho, de una forma atenuada, se sigue usando hasta el día de hoy. En cualquier caso, Reed quedó devastado por el tratamiento, que se llevó a cabo en el hospital psiquiátrico Creedmoor de Queens, Nueva York, en una serie de visitas ambulatorias a las que iba acompañado por sus padres. «Yo veía a mi hermano mientras mis padres lo escoltaban de vuelta a casa, incapaz de caminar, aletargado», escribió Bunny. «Dañó tanto su memoria a corto plazo que toda su vida tuvo que luchar con problemas de retención, posiblemente a causa de los tratamientos».

Que la supuesta pérdida de memoria de Lou haya tenido que ver o no con el electroshock es caso aparte; él llegó a considerar este cruel hecho como una abominable traición familiar, una especie de venganza edípica. Los sentimientos hacia su padre, en particular, se habían oscurecido mucho. De acuerdo con Bunny, la bisexualidad de Lou no fue el motivo por el que sus padres consintieron al tratamiento. Esa visión es «simplista y para nada real», escribió ella. «Mis padres eran muchas cosas —ansiosos, controladores— pero también unos fervientes liberales, no eran homofóbicos. Se involucraron en una descontrolada red de culpa, miedo y mal asesoramiento psiquiátrico». Incluso si se tienen en cuenta sus orígenes y los tabúes de la época, tendrían que haber sido profetas culturales para no incluir el poten-

cial amaneramiento en el meollo de los asuntos en que Lou andaba metido. La postura afeminado frente a la presencia de sus padres y demás personas era de una desafiante consciente provocación; junto con sus cambios de humor y hartazgo general, generaban un fuerte desacuerdo, uno que haría estragos y envenenaría sus relaciones familiares para siempre. Bunny expresó no tener ninguna duda de que sus padres lamentaron su decisión «hasta el día de sus muertes. Pero como secreto familiar persistió. No hablábamos absolutamente nada de los tratamientos, ni antes ni nunca».

Reed también se guardó la historia para él. Algunos de sus amigos más cercanos jamás lo supieron hasta muchos años después. Allan Hyman describió su comportamiento durante e inmediatamente después de los tratamientos. «Cuando lo veía los fines de semana, Lou parecía muy ausente», dijo. «Nunca fue una persona amistosa y sociable, pero estaba más hostil y sarcástico que nunca. Era oscuro». Hyman no encontraba rastro de aquel festivo humor de su compañero. «Siempre tuvo un costado rebelde, pero cómico al fin, era una persona divertida». Luego de los tratamientos, «tenía un porte desencajado que nunca había tenido. Le parecía que todo estaba arruinado. Esta persona era ridícula. Esa era un imbécil. Se había vuelto muy cínico».